

BALLET PARA LA REINA. *LA NAISSANCE DE LA PAIX* Y EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE DESCARTES

BALLET FOR THE QUEEN. *LA NAISSANCE DE LA PAIX*
AND DESCARTES'S POLITICAL THOUGHT

Víctor Samuel Rivera*

Resumen

Esta contribución busca rescatar y presentar dentro del contexto general de la filosofía práctica cartesiana el texto del ballet *La Naissance de la Paix* de Descartes, dedicado en 1649 a la Reina Cristina de Suecia para celebrar la Paz de Westfalia. De acuerdo al autor de esta contribución el *Ballet* sería un texto alegórico de teología política, en que se aborda la cuestión del cambio de régimen (el golpe de Estado). Rivera sostiene que Descartes habría elaborado esta idea a partir de una moral orientada al uso de los príncipes en casos de excepción, entendida como “evento” imprevisible. El tema discurre en un relato político: Una soberana que sufre de la pasión de ser irresuelta halla su reino en medio de la guerra; ante el alegato del pueblo que clama por la paz y su incapacidad de decidir, debe ser depuesta por la Divina Providencia. Descartes habría sonreído viendo danzar el ballet de su derrocamiento a una infantil monarca de 23 años.

Palabras clave: Irresolución, pasiones del alma, *La Naissance de la Paix*, moral provisional, teología política, René Descartes.

Abstract

This paper tries both to rescue and present Descartes' *La Naissance de la Paix* within the framework of his practical philosophy. He wrote this ballet in 1649 to Queen Christina in commemoration of the Peace of Westphalia. According to Rivera, the *Ballet* is a piece of political theology in which regime change through a coup d'état is addressed allegorically. It is said that Descartes extracted the idea from his meditations on a moral theory to be used by a prince or a monarch in exception cases. The core of

* Magíster en Historia de la Filosofía. Profesor Escuela de Filosofía, Universidad Nacional Federico Villarreal. Lima, Perú. E-mail: emperadorreinante@hotmail.com

these thoughts is the notion of unforeseeable event, a thing we see reflected in the plot. There is an irresolute queen who finds her kingdom in war. Since she is unable to take any relevant decision in front of people demands of peace, the Divine Providence deposes her. It is believed that Descartes smiled as he saw a childish 23-year-old sovereign dancing a ballet about her own overthrow.

Keywords: Irresolution, passions of the soul, *La Naissance de la Paix*, provisional moral, political theology, René Descartes.

Recibido: 05.05.09. *Aceptado:* 01.07.09.

EL 18 DE DICIEMBRE de 1649 salía Descartes del *Te Deum* por el natalicio de la Reina, que cumplía entonces 23 años¹. Estaba muy mortificado por su rol en la Corte de Cristina de Suecia, fundamentalmente decorativo. Llevaba ya varias semanas allí sin hacer nada, al menos nada “útil”. Era el filósofo de la Corte, aunque la Corte filosofaba bastante poco con él (Von Wertheimer 1941, pp. 148 y ss.). Descartes había dedicado las que serían las últimas semanas de su existencia a las letras. Sabemos que eran ésas justamente las actividades que más odiaba. Compuso una comedia francesa, los estatutos de un proyecto de Real Academia Sueca de las Ciencias y unos versos bastante simplotes para un ballet por el final de la Guerra de los Treinta Años (Rodis-Lewis 1997). La Paz de Münster había sido firmada apenas un par de meses atrás y Su Majestad quería honrarla con una danza alegórica. Suecia y la Liga Protestante, con la ayuda de Francia, habían vencido al Santo Imperio Romano. Por su parte, en ese contexto, resulta que la Reina vivía bastante tensa en su trato con los diversos estamentos. La nobleza, apoyada por el Canciller Axel Oxenstiern, había presionado para obtener de la Paz condiciones más convenientes, aunque riesgosas; la Reina y la población en general habían deseado una paz menos problemática, que es la que Cristina deseaba celebrar. Descartes estaba mientras tanto bien aburrido. Poco después del *Te Deum*, escribió al Vizconde de Brégy-Fléxelles que “los reyes más poderosos de la Tierra” no son capaces de ofrecer “la tranquilidad y el reposo” a los que no pueden “lograrla por sí mismos”². Replicaba el filósofo:

¹ Cf. *Carta al Vizconde de Brégy-Fléxelles del 18 de diciembre de 1649*. Se cita el texto de acuerdo a la edición de obras completas de Charles Adam y Paul Tannery. París, Vrin, 1996, AT V, p. 457 l. 5-8.

² *Carta de Descartes a Brégy del 15 de enero de 1650*. AT V, p. 467, l. 18-19.

“no estoy en mi elemento”³. Descartes hacía alusión al compacto hielo que cubría ese invierno la bahía de Estocolmo. Es indudable que “los reyes más poderosos” eran en realidad dos señoras guerreras que venían de triunfar en la Guerra de los Treinta Años: las reinas Cristina de Suecia y Ana de Francia. El lector comprende rápidamente que la misma soberana que pretende proclamar la paz es en realidad incapaz de ofrecerla.

*El nacimiento de la paz*⁴ es un texto en verso francés que fue representado en Estocolmo el 19 de diciembre de 1649. Era el tercero de una serie de cinco ballets políticos encargados por la Reina Cristina entre 1649 y 1650 a su coreógrafo Antonie Beaulieu. Cada uno de ellos traducía de manera alegórica aspectos problemáticos del régimen de la soberana, lo que sugiere que los encargó así ella misma, que danzaba además el papel central de Reina. En el orden de la serie, el primero se refiere a su virginidad, que muchos tomaban por simulación de lesbianismo, aunque otros la tomaban por excusa social por cercanía con el mismo Vizconde de Brégy; el segundo se refiere a su afición por la cacería –tan masculina–. Este tercero se ocupaba de celebrar la Paz de Münster. Aunque Richard Watson sostiene lo contrario (Watson 1990, pp. 382-401), puede darse por sentado que el *Ballet* le fue encargado al filósofo; aparentemente habría sido de manera casual. Pocos días atrás se había representado en la Corte el *Ballet de Diana Victoriosa*, que había probadamente sido compuesto por el versificador francés Hélié Poirer (Watson 2003, p. 276); por su situación, a éste le correspondía componer *El nacimiento de la paz*, pero se murió repentinamente (Watson 2003, p. 277): lo más probable, dado el crudo invierno de 1649, de una pulmonía. El mismo frío espantoso de ese invierno acabaría también con Descartes un par de meses después. ¿No estaba allí el filósofo, sin nada que hacer aparentemente? ¿No era francés también y capaz de versificar? Es curioso que pasaran muchos meses antes de que se estrenase el ballet siguiente, esto es, que se hallara un versificador francés nuevo que sustituyera a los dos muertos.

El *Ballet* es un texto que consta de 19 bailes con pantomimas, “entradas” (*entrées*). Contiene también tres recitativos, uno al inicio, otro al final y uno al medio de la obra, cantados cada uno por un solista; Cristina bailaba en

³ Ibid., AT V, p. 467, l. 20-24.

⁴ René Descartes, *La Naissance de la Paix* (en adelante “*Ballet*”, 1649), AT V, pp. 616-627.

persona durante los recitativos en el papel de la Reina, la diosa Pallas Atenea. Como se sabe, Pallas Atenea era la diosa de la sabiduría y de la paz, figura de la Reina sabia que traía la paz al mundo. Hay textos en verso para cada una de las *entrées*, que se repartieron en forma de folleto en idiomas francés, alemán y sueco, según las habilidades lingüísticas de los asistentes, y que no eran para cantarse, sino para ser leídos como libreto de la danza. El original era en francés. Como es obvio por la *Carta al Vizconde de Brégy*, Descartes no estaba muy interesado en su composición, pero debía haber visto en la idea general de una alegoría política una ocasión singular para expresar su disgusto a la Reina quien, después de todo, muy posiblemente, no iba a entender el mensaje; también era un modo de dar forma a sus ideas políticas, como una protesta privada, una manera de darse un gusto. En efecto: el filósofo venía de un periodo de hondo interés por temas y problemas relativos a la filosofía práctica que habían resultado de sus vínculos con personajes de la realeza. Aunque debía ser muy frustrante no ser acogido por ésta, el autor tenía bastantes ideas políticas que alegorizar en verso.

Es fundamental recordar que, entrada la década de 1640, Descartes había venido escribiendo textos cortos sobre ética y filosofía política; entre éstos se incluye una larga crítica a Séneca, llevada a cabo por partes⁵, así como un examen lapidario de *El Príncipe* de Maquiavelo⁶, que encontramos en la correspondencia con Isabel de Bohemia. Fruto de este interés serían textos más cercanos en el tiempo al *Ballet* y que son muy conocidos en la historiografía cartesiana. Se trata de la *Carta sobre el amor* para Hector-Pierre Chanut⁷, que en 1649 sería embajador de Francia en Estocolmo y la *Carta sobre el bien supremo*⁸, escrita para Cristina en 1647, tal vez por indicación del mismo Chanut⁹. Desde la óptica de Descartes, la expresión más compleja de sus ideas en torno a la filosofía práctica estaba en *Las pasiones del alma* (1649), que consideraba el desarrollo de un texto ético-político sobre la base de las reflexiones antes mentadas¹⁰. Descartes venía de haber

⁵ En particular la *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia del 15 de septiembre de 1645*, AT IV, pp. 290-296.

⁶ *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de septiembre 1646*, AT IV, pp. 485-494.

⁷ *Carta a Chanut del 1 de febrero de 1647*, AT V, pp. 600-618.

⁸ Textos disponibles en castellano. Cf. Descartes, René, *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otros textos*. Barcelona, Alba Editorial, 1999.

⁹ *Carta a la Reina Cristina del 20 de noviembre de 1620*, AT V, pp. 81-88.

¹⁰ Debe mencionarse la interesante tesis contraria defendida por el profesor Pablo Pavesi, de la Universidad de Buenos Aires (Pavesi 2008, especialmente pp. 247-250).

impreso en Holanda este texto en noviembre, pero la soberana –a quien el libro estaba dedicado– parecía más interesada en el ballet que en la filosofía. Si la Reina leía *Las pasiones*, al tener los versos a ojos vistas comprendería rápidamente que el texto era –como vamos a ver– un inmenso reproche a sus aptitudes políticas. Descartes tenía el dato de que Diana Victoriosa llevaba su libro para los ratos libres en la cacería y puede conjeturarse que el filósofo deseaba con este gesto ser invitado a retirarse de Suecia. Lo más probable en realidad era que Descartes contara con que la Reina no había leído nada entonces y tampoco leería nada después; esto le garantizaba que, aunque no se le permitiera salir de Estocolmo, la Reina iba al menos a hacer el ridículo de danzar un ballet que era el hazmerreír de sí misma.

A la Reina que mandaba hacer alegorías políticas en 1649 debe haberle parecido ideal que no un literato, sino un filósofo político –seguramente el único que conocía– se ocupara de su tercer ballet. Es improbable que Cristina hubiera leído los textos de metafísica o de ciencia del filósofo de Francia. De hecho, es también improbable que conociera sus otros textos. Es significativo que la *Carta sobre el bien supremo* –escrita para ella– fuera una lectura que le había tomado un año de trabajo¹¹. Descartes aparecía tal vez ante la Reina de 22 años bajo la imagen de los hombres de letras de su entorno, unos examinadores e intérpretes de textos griegos. Ella no sabía gran cosa de sus otros intereses. ¿Por qué no habría de dársele a este francés algún trabajo? –se preguntaba la Reina–. Al irónico y deprimido filósofo esta situación incómoda debe haberle parecido ideal para darle a la Señora una de las lecciones de filosofía política que no le interesaba escuchar. El *Ballet*, pues, versaría sobre Cristina, travestida en la diosa Pallas, una diosa política, la diosa de la *polis* por antonomasia, Atenas. La antigua Pallas Atenea era una deidad militar, que se representa siempre con un casco y que era además la diosa de la sabiduría, la Minerva de los romanos. Pero la sabiduría era una cualidad que en las ideas morales de Descartes era fundamental para el gobernante. Redactar el *Ballet* sería ocasión de demostrar que, si había una cualidad de la que carecía Cristina era, precisamente, la sabiduría. La Reina no era en realidad muy filósofa. Descartes, pues, aprovechándose de que la Reina no sabía nada de sus ideas políticas, iba a sugerir con ellas su derrocamiento.

¹¹ La *Carta sobre el bien supremo* es del 20 de noviembre de 1647. Descartes agradece rápidamente la lectura de la Reina i para febrero de 1649!

Los reales problemas

El argumento del *Ballet* no parece dar ocasión de disputa, pero se ve tan fácil que no se ha reparado mucho (nada) en su contenido. Pallas era soberana de un Reino que atravesaba una larga e infructífera situación de guerra, “una larguísima guerra”¹². Esta guerra había generado un descontento tal que había obligado a establecer los Estados Generales, que habrían de deliberar acerca del estado de guerra y paz. La guerra y la paz es una situación política básica. Sabemos que la situación entre guerra y paz en general es fundadora del orden político, esto es, que se vincula con la instauración de un tipo de régimen político, con la renovación o el cambio de régimen. Los estamentos representados en los Estados Generales se reúnen para decidir la paz, pero también para tomar una decisión que atiende a la naturaleza del régimen. Una particularidad del argumento es que la decisión definitiva sobre la guerra y la paz en la constitución de la monarquía de Pallas está reservada a la Reina, lo que es en realidad la causa principal de la dificultad. El problema más importante, pues, no es la decisión, sino el hecho de que ésta recae sobre la Reina. Como la guerra se prolonga en exceso, la dificultad recae sobre la Reina misma. El *Ballet* lo expone así en el recitativo central: “Ya que Pallas tiene el poder del destino/ Y a todo esto pronto puede poner fin”¹³. En el contexto, se trata claramente de una llamada de atención a la soberana. Digamos: La Reina tiene la prerrogativa de decidir y puede terminar con la guerra. No se requiere mucha imaginación para comprender que el tema que está en el centro –literalmente en el centro– es que Pallas se demora mucho en tomar la decisión solicitada. No debe sorprendernos que Descartes acabara de abordar ese tema en *Las pasiones*, que acababa de dedicar a Cristina. Se trataba –como vamos a ver– de un tema central de filosofía para el gobernante. Según *Las pasiones*, la Reina del *Ballet* era una persona irresuelta. Se le pide que decida “pronto”, esto es, se la apura, pero la Reina se demora demasiado. Tendría la “pasión” de ser irresuelta. En el contexto en que debería decidirse por la Paz, se pasa el tiempo danzando.

¹² *Ballet*, AT V, p. 626.

¹³ Cf. *Ballet*, AT V, pp. 623-624.

El *Ballet* es un escenario de parlamento, y se extiende como una serie de interpretaciones del problema enfocadas desde los intereses de agentes sociales determinados, cada uno de los cuales expone sus razones para exigir la decisión real. En vista de que con pantomimas y disfraces, el *Ballet* funciona como la procesión narrativa de un alegato judicial. Quizá sea útil mostrar cuáles son los estamentos que aparecen en esta procesión de argumentaciones para instar a la decisión de la Reina. Hay tres estamentos. Los dioses, el Ejército y el pueblo. Los dioses son como la alta nobleza. Este grupo incluye a Pallas, aconsejada por Marte, ambos personajes principales, pero también al Terror Pánico y a Jano, al dios Apolo, a la Tierra, la Fama, la Gloria y la Victoria, a quienes debemos añadir como seres divinos a las nueve Musas y las tres Gracias; estas últimas inevitablemente hacen recordar a la Corte en el exilio de Isabel de Bohemia, cuya familia femenina era conocida por ese nombre. El grupo divino define sus intereses en oposición al Ejército. El Ejército está formado por voluntarios y caballeros, éstos últimos personajes secundarios, como fusionados con la voluntad de Pallas¹⁴. El Ejército de voluntarios es un grupo cuyo desagregado no podía ser más infeliz, pues da lugar en la narración a tres estirpes de seres despreciables: los cobardes, los lisiados y los pillos. Por extensión, el estamento militar representa el interés de las mujeres del pueblo, cuya voz tiene por intermediario a este Ejército lamentable, que a primera vista parece una banda de tontos y delincuentes.

No es difícil encontrar un cierto carácter ambivalente del significado tan desfavorable de las figuras militares. Es interesante comparar a las mujeres desgraciadas del Ejército con las felices féminas divinas, las Musas o las Gracias, por ejemplo; a diferencia de las anteriores, éstas sobrepasan en número a los varones, son la mayor parte de las voces de su clase en hablar y llevan una vida regalada de cultura y conocimiento, más o menos como Cristina de Suecia. Notoriamente, las mujeres divinas no sufren las desgracias de la guerra; las del pueblo, en cambio, atraviesan una suerte doblemente lamentable. Viven en la ignorancia, desprendidas de los goces de la cultura, pero viven también en la infelicidad, negadas como están de los placeres de su sexo porque sus hombres o están ausentes, o se han vuelto incapaces o la guerra los ha envilecido. Junto a los dioses y al Ejército, se

¹⁴ Cf. *Ballet*, AT V, p. 627.

añade un último estamento: los campesinos. Es fácil reconocer a la Reina en Pallas y su consejero principal, Marte, dios de la Guerra, así como el inmenso descontento del pueblo. Escuchados los alegatos de los estamentos, uno no puede dejar de sentir cierta incomodidad moral ante una Reina que parece indiferente ante la desdicha general que produce su irresolución.

Son numerosas las voces de la procesión narrativa. Pero no hay que hacer mucho esfuerzo para comprender que en el texto del ballet –a pesar de la variedad de voces– hay contrapuestos sólo dos grupos de interés. De un lado está la Reina y su consejero, el dios Marte, que desean la guerra. “Aunque sea buen aspecto el que tengan e incluso de raza divina sean” sucede que “vencidos por lo regular son”¹⁵. Podemos pensar en la Reina Ana y el Cardenal Mazarino¹⁶, o también en Cristina de Suecia y su ambicioso Canciller Axel Oxenstiern, que comparten plaza junto con la nobleza; el titular simbólico de este segmento es el dios Apolo, rodeado del afectuoso tropel de las musas y las gracias. Si referido este elemento a Cristina, una injusticia, pues sabemos que Oxenstiern y ella se llevaban bastante mal. De otro lado tenemos un estamento popular, que incluye a los campesinos y a la Tierra, pero también a las mujeres. Es natural ver allí finalmente al Ejército, en tanto éste está formado de voluntarios que salen del pueblo y no de la nobleza. Hay que recordar que los voluntarios son los esposos o los novios de las mujeres y que, manifiestamente, sufren por carecer de las gracias y otros beneficios femeninos de los que gozan los nobles, pero que además regresan de la batalla lisiados o pobres.

Es un detalle interesante el que los tres recitativos, que funcionan en una clave teatral como un coro anónimo, son en realidad la voz de los voluntarios, esto es, la voz del pueblo como una totalidad. Como recordamos, es la única voz cuyo libreto es cantado. Y es notorio que el solista se dirige a la Reina, que danza. Es el pueblo quien habla cuando Pallas aparece en el escenario. En la *Carta sobre el amor* a Chanut de 1647¹⁷, en referencia al amor que debe sentirse por los reyes, hay una extensa cita a lo que podría-

¹⁵ *Ballet*, AT V, p. 618.

¹⁶ Cf. *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de junio o julio de 1648*, AT V, p. 198, l. 10 y ss. Cf. también *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de julio de 1648*, AT V, pp. 209 y ss.

¹⁷ Una buena introducción al asunto del amor y su contexto está en Rodis-Lewis 1974, t. I, pp. 404 y ss.

mos llamar “el amor político”. Se trata del “el amor por el todo” o por “el cuerpo”¹⁸. Con esto se hace referencia a una concepción relativa a la comunidad política muy interesante. Según el texto el amor político es una solidaridad de “amor” entre desiguales que gira en torno del mando, en particular –añadamos– en su analogía militar. De un lado está “el amor a lo que está más alto de nosotros” y su recíproca, lo que “es menos que nosotros” o “es menos noble”. Se trata de la pasión relativa al súbdito y al soberano. En este esquema del gobierno real y el “amor” comunitario, el pueblo es el objeto de las virtudes soberanas, en particular la benevolencia (Pavesi 2008, pp. 165-170) y, viceversa, el soberano es objeto del amor a la comunidad de pertenencia o “al príncipe”, que aparecen como expresiones sinónimas. “Cuando un ciudadano se une de voluntad a su príncipe o a su país debe verse como una parte muy pequeña del todo” –agrega Descartes– especialmente, “si su amor es perfecto”¹⁹. Este amor político está singularmente vinculado con una virtud propia del súbdito, en correspondencia con la benevolencia del príncipe: la obediencia; se trata de la obediencia en general, pero –insistamos– en especial de la obediencia *militar*, que es aquí más el caso. La obediencia va de la mano con la idea del mando y la decisión a la que está sujeta de manera emblemática en la guerra. En realidad, siendo una decisión entre guerra y paz, es la decisión política por antonomasia. En la *Carta sobre el amor* el súbdito se une al todo por obediencia en una relación recíproca a través de la benevolencia y el cuidado. Pero ¿qué ocurre en el *Ballet*? La voz del pueblo tiene en contraposición a una Reina Pallas muda, que no sólo no canta, sino que en el libreto ha sido silenciada, representando con la letra del pueblo. Es muy curioso que la Reina sea el único personaje que no habla en una narrativa donde se trata de que todos hablen. Un motivo es que “ella tiene el poder del destino”, y su lugar es escuchar (Rivera 2006, pp. 500 y ss.). En efecto: Pallas es la Sabiduría, y no hay que hacer mucho esfuerzo para comprender que la sabiduría es una cualidad moral que requiere de la deliberación. Pero los que obedecen requieren que el príncipe decida, esto es, que los cuide, y no sólo que los escuche. Es evidente que se espera de la Reina la voz de mando, pero ésta es la única voz que carece de libreto.

¹⁸ Cf. *Carta a Chanut del 1 de febrero de 1647*, AT V, p. 612, l. 1, 12.

¹⁹ *Carta a Chanut del 1 de febrero de 1647*, AT V, p. 612, l. 18-20.

Irresolución soberana

Impresiona mucho anotar la analogía entre la situación trazada por el argumento del *Ballet* frente al esquema relativo a las decisiones en *Las pasiones del alma*, el texto que la Reina real no tenía interés en leer. Lo primero que debe observar el lector es la relación entre la resolución y la sabiduría. En realidad, para tener sabiduría, como era el deber de Pallas Atenea, la Reina debía ser resuelta, decidida. *Las pasiones* de 1649 concluyen definiendo la sabiduría como control de las pasiones²⁰, y está presupuesto que ese control se manifiesta como una capacidad para decidir. Como vamos a ver ahora, hay una interpretación política de esta sabiduría como control de las pasiones, que contiene dos elementos fundamentales: 1. afecta al concepto de la justicia como virtud política y 2. por lo mismo, atiende también a la idea de un régimen apropiado. La idea está ya presente en la correspondencia política con la Princesa Isabel de Bohemia²¹ y muy en especial en la *Carta sobre el amor* que venimos de examinar y que –debemos anotarlo– gran parte de la cual está dedicada a explicar cómo es que debe amarse a una Reina²². Curiosamente, sin embargo, un esbozo de ésta aparece en un conocido texto de Descartes doce años anterior, el *Discurso del método* (1637). Como es sabido, uno de los temas del libro es la moral entendida como resolución en las acciones. El tópico de la sabiduría como sinónimo de la resolución era, pues, bastante antiguo, y si la Reina hubiera conocido aunque sea superficialmente la obra del filósofo se hubiera percatado pronto de ello. Para explicar la relación entre sabiduría y resolución en términos conceptuales, podemos seguir la idea wittgensteiniana de “criterio”²³. Habría que indicar que para Descartes la resolución en las acciones es un criterio de la sabiduría; esto es, que no podemos decir que una persona es sabia si es indecisa; aclaremos que no es verdadera la inversa, sin embargo, pues no

²⁰ Cf. *Passions*, AT XI, p. 446.

²¹ Cf. por ejemplo la *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de mayo de 1646*, AT IV, pp. 414-415.

²² “Podríamos preguntarnos, ya sinceramente hablando, si acaso vuestra merced si no siente amor por esa Reina tan cerca de la cual ahora reside”. *Carta a Chanut del 1 de febrero de 1647*, AT IV, p. 611, 7-9.

²³ Para una introducción a la cuestión del uso wittgensteiniano de “criterio” sugiero García Suárez 1976, cap. VII.

todo hombre resuelto y decidido es sabio²⁴. Lo que importa aquí es que en el esquema del *Discurso* ya es cierto que el indeciso no es nunca un sabio. Si enfocamos esto desde el punto de vista político, desde el “amor político” de la *Carta sobre el amor*, resulta que tampoco es sabio el súbdito propiamente hablando, sino sólo el Príncipe. O la Reina. Mediando, claro está, que su amor “sea perfecto”. Veamos esto con más calma.

Como cuestión general la idea de que la resolución de las acciones es un criterio wittgensteiniano de la sabiduría no es un tópico de la década de 1640. Se halla en la *Carta sobre el amor*, pero puede rastrearse en realidad desde el *Discurso del método*. Como se sabe, la Tercera Parte del *Discurso* está dedicada a lo que conocemos como la “moral provisional”. La idea de 1637 es que la moral es “provisional” mientras no se hubiera desarrollado exhaustivamente los fundamentos de la física, problema que para 1637 no parecía con arreglo. En parte esos problemas están más claros con *Las pasiones del alma*, pues para su fecha de composición hay una teoría física sobre la moral, esto es, la moral no era ya tan provisional como en 1637²⁵. Si Cristina de Suecia hubiera leído el *Discurso*, habría notado desde un inicio la malicia del argumento del *Ballet*. De las tres reglas de las que consta la moral provisional, nos acercaremos a las primeras dos, que son las más susceptibles de una interpretación política. La primera de las reglas de la moral provisional del *Discurso* nos recuerda el “amor político” de la *Carta sobre el amor* para Chanut. Se trata de obedecer (*obéir*), fundamentalmente al gobierno y las costumbres y prácticas sociales, lo que Leo Strauss define como el “régimen político” (Strauss 1970). La opinión de Descartes sobre la pertinencia de estas reglas no había variado para los años siguientes²⁶.

El amor político de la *Carta sobre el amor*, como hemos anotado, tiene un referente doble: 1. El Príncipe; dice también como sinónimos: “los grandes”, o el Reino, la comunidad o la patria que éstos representan, y 2. Los súbditos. Recordemos que del amor de los primeros se espera la benevolen-

²⁴ En realidad la sabiduría se define positivamente no por la resolución moral, sino por “un conocimiento entero de las otras ciencias” (Gilson 1939, p. 231).

²⁵ Totalmente en contra de la tradición historiográfica, que sostiene normalmente lo contrario. Cf. por ejemplo Turró 1997, pp. 360-364.

²⁶ “Soy de la opinión de que todo hombre puede alcanzar el contento por sí mismo y sin esperar nada de otra procedencia, sólo con que se atenga a tres cosas, a las que se refieren las tres reglas morales que puse en el *Discurso*”. *Carta a Isabel del 4 de agosto de 1645*, AT IV, p. 265 l. 6-11.

cia (Descartes 1992, pp. 71 y ss.), esto es, un sentido del cuidado y preocupación de los súbditos²⁷. Del amor de los segundos, en cambio, se espera la obediencia, mediando sentimientos como la admiración, que es bueno anotar que Descartes coloca en 1649 como la primera de las pasiones y, en cierto sentido, la pasión fundante de las demás. Es evidente que la regla de *obéir* del *Discurso* está pensada básicamente para las personas políticamente dependientes, esto es, para los súbditos, los que se admiran, políticamente hablando. La segunda de las reglas de la moral provisional se refiere a la firmeza del carácter, esto es, a la resolución. Ésta prescribe –literalmente– “ser lo más firme y lo más resuelto posible en mis acciones”²⁸. Constatamos que en el *Discurso* la resolución se dice en orden a las decisiones; por lo tanto, está previsto que hay ocasiones para deliberar y que el cambio de opinión es posible; el punto central sin embargo –y volvemos a citar– es tomar en cuenta que cuando estos cambios tienen lugar, y hay que tomar decisiones nuevas, la rapidez es un síntoma de virtud, esto es, mientras más rápidamente se tome la decisión ésta se considera moralmente más adecuada. Descartes argumenta esto en el *Discurso* diciendo que se debe a que “las acciones de la vida no toleran muchas veces el retraso”²⁹.

Es manifiesto que el objeto de la Tercera parte del *Discurso* consiste en definir la virtud como una capacidad de decidir *sin dilaciones*. Como es fácil de colegir, si la primera regla de la moral provisional, que prescribe obedecer, concuerda con la idea del amor de los súbditos que obedecen al gobierno o al régimen político, la segunda, “ser lo más firme y lo más resuelto” es más relevante para “el Príncipe” o “los grandes”, y que –en sentido traslaticio– debe adjudicarse también a la comunidad o al Reino, esto es, a aquellos de los que reciben la admiración de los demás que obedecen. Se trata, pues, claramente de una regla de moral principesca. Es verdad que la resolución no se le solicita sólo a los reyes y que también un tendero o un pastor de ovejas puede (y debe) ser resuelto, pero también es un hecho que en un razonamiento político-militar –como el que desarrolla la *Carta sobre el amor*– “obedecer” es propio de los súbditos y decidir de manera resuelta una virtud reservada de los jefes, pero vamos a aclarar ese punto en el párrafo siguiente.

²⁷ Aquí remitimos, con discrepancias, a Rodis-Lewis 1998, pp. 84 y ss.

²⁸ *Discours*, AT VI, p. 24, l. 18-19.

²⁹ *Ibid.* AT VI, p. 25, l. 2-4.

La decisión del Príncipe está desarrollada específicamente en una carta a la Princesa Isabel de Bohemia de mayo de 1646³⁰. Se trata –literalmente– de una *Carta sobre la irresolución*, del mismo modo en que decimos que hay una sobre el Amor o sobre el Bien Supremo. En este texto se explica la razón de por qué la prontitud en decidir es considerada una virtud. “*Es muy sensato tomarse tiempo para deliberar* antes de emprender negocios de importancia –escribe el filósofo– mas cuando ya está comenzado el asunto (*affaire*) y no hay desacuerdo en lo esencial, *no veo el provecho de buscar demoras en la discusión* de las condiciones”. Agrega después que éste es el caso cuando el “negocio emprendido es interesante”. Hay un argumento práctico: si nos demoramos mucho puede perderse una oportunidad de resolver en nuestro favor. Pensemos en términos de la guerra y la paz, que es lo que nos interesa. “Por ello estoy convencido” –agrega Descartes– de cuán necesarias son la resolución y la prontitud en los asuntos ya empezados³¹. Esta regla es precisada en términos análogos a Cristina³². El contexto de la carta a Isabel se relaciona con la idea del elemento de la fortuna y la suerte, impregnados de la atmósfera de la lectura de *El Príncipe* de Maquiavelo, a quien se acaba de criticar³³. La carta concluye con una interesante observación político-teológica, sobre la relación entre la voluntad soberana y la Providencia divina, que apartamos para el final. Volvamos, pues, a la regla principesca: con las observaciones realizadas, es manifiesto que ésta se refiere a la interpretación que hace el Príncipe (o los grandes, etc.) de la Providencia, de la que el soberano es como un comisario. Esperamos que, en lo sucesivo, esta *Carta sobre la irresolución* sea incluida junto a la *Carta sobre el amor* y la *Carta sobre el Bien Supremo*, entre los textos clave de la filosofía política de Descartes.

Enfoquémonos de nuevo en la segunda regla de la moral provisional, que hemos llamado “principesca”. Para comenzar, si recordamos nuevamente la *Carta sobre el amor*, es inevitable observar que Descartes ha señalado la misma regla como especialmente importante para la causa de la

³⁰ Seguiremos aquí la versión de la *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otros textos*.

³¹ Cf. op. cit., pp. 148-149, AT IV págs. 441, l. 15 y ss., p. 415, l. 9-11. El subrayado es nuestro.

³² Cf. *Carta a Cristina de Suecia del 20 de noviembre de 1647*, AT V, p. 87, l. 9-15.

³³ Cf. *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de septiembre de 1646*, AT IV, pp. 486-492.

patria, la comunidad o del Reino³⁴. Puede parecer un mero accidente, un desliz, un tema sin importancia. Se trata en realidad de un tema relativamente obsesivo, pues lo reconocemos ya de esta manera formulado en una carta a la Princesa Isabel de Bohemia de 1645 y repetido otra vez en mayo de 1646³⁵. No nos sorprenda ahora que en esta literatura tomar las decisiones rápidamente sea para Descartes cosa especial de los “príncipes” y de “los grandes”, razón por la cual los súbditos “les rendimos honores” y –confirma nuestra sospecha el filósofo– “estamos dispuestos a morir por ellos”³⁶. Ya sabemos que esto significa que nos hacemos voluntarios en sus guerras y los tomamos por jefes militares a pesar de que no nos convenga: nuestras mujeres se quedan solas y nosotros nos quedamos lisiados o pobres. Es obvio que el tema de la resolución está peculiarmente vinculado al tema de la guerra, y la decisión entre guerra y paz. Respecto del régimen, esta decisión del Príncipe es así además la decisión política fundamental, lo que la vincula con el tópico fundamental de *Las pasiones*, la admiración. Pero la resolución y la irresolución, la deliberación y su contexto militar se hallan explícitas como tema también allí.

El tema anterior es expresamente retomado en el artículo LIX de *Las pasiones del alma* que se titula –no creo que ya para nuestra sorpresa– “De la irresolución, la valentía, la audacia, la emulación, la cobardía y el esparto”³⁷. Desde el punto de vista político, se trata del tema de la decisión en un sentido específicamente ontológico político, incluso diríamos teológico político³⁸. Se trata de la capacidad de decidir como una virtud enfrentada a las pasiones de la cobardía y el miedo, que se sobreentienden en un sentido *militar*. No es casual encontrar que haya un coro en el *Ballet* reservado para los cobardes, además de un extenso alegato del dios Pánico, el dios del miedo militar; debe subrayarse que es el dios del miedo el primero en alegar a favor de la Paz en la procesión narrativa contra la actitud belicosa de la

³⁴ Se ha observado que hay muy pocas referencias de Descartes a la política y que, por ende, hay que dejar espacio a la conjetura o al diálogo con la tradición. Con esta contribución esperamos mostrar que el panorama es bastante menos desalentador (Guenancia 1983, p. 11).

³⁵ Cf. *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia del 15 de septiembre de 1645*, AT IV, pp. 292-293. Cf. *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de mayo de 1646*, AT IV, p. 415.

³⁶ Cf. *Carta a Chanut del 1 de febrero de 1647*, AT IV, p. 612, l. 25-329.

³⁷ *Les Passions de l'Âme*, AT XI, p. 375.

³⁸ Es cuestión de investigación histórica confirmar la influencia de la escuela “Eusebiana” de teología política y que estaba en boga en la época de Descartes (Scattola 2008, pp. 81 y ss.).

Reina Pallas y Marte³⁹. Escribe Descartes en *Las pasiones* que “la cobardía es contraria a la valentía y el miedo y el espanto a la audacia”. Al lector avieso no debe sorprenderle a estas alturas que tengamos entera la lista de pasiones de que trata expresamente el *Ballet*. En efecto. Resumida en un párrafo, encontramos la lista completa de pasiones del artículo LIX, incluida como encabezado la irresolución, que trataremos ahora. Ya sabemos que, como pasión del alma y en el contexto de la guerra, la irresolución es no principal, sino exclusivamente un problema del “Príncipe” o de “los grandes”, pues en la guerra los demás están inexorablemente obligados a *óbeir*.

Hay un tema adicional que debemos subrayar. La irresolución, como la valentía o el pánico, aparecen –ya que en un horizonte militar– característicamente como pasiones que bien podríamos llamar “históricas”, ya que relativas a un evento político. La valentía o el pánico militar acontecen en orden a la admiración de lo nuevo, de lo nuevo en la experiencia de la comunidad, la patria o el Reino; las pasiones mencionadas surgen de manera narrativa, en el contexto del evento, y tienen que ver con notar (como diría la *Carta sobre la irresolución*) cuál es el “asunto importante” que envía la Providencia. En este sentido, el problema del *Ballet* aparece como la admiración hacia el evento de la paz que llega. La irresolución y la cobardía o el miedo son pasiones que tienen los jefes o las tropas, en el mismo orden. Es porque son históricas, relativas a un evento, que estas pasiones pueden clasificarse también de “políticas”, ya que atienden específicamente al Príncipe y a sus súbditos. Por otro lado, se relacionan de manera directa con la admiración, que se define como la pasión que se produce al “primer encuentro con algún objeto” que “nos sorprende”, sea porque “lo creemos nuevo” o porque “nos asombramos” y “nos conmueve”⁴⁰. En su lenguaje, la idea central es que el evento conmueve porque se impone y porque es nuevo, pero que se impone narrativamente, esto es, como una historia que tiene un comienzo, un comienzo admirable, y un comienzo de cuyo final no tenemos control⁴¹. Es sobre el desenlace o el curso del evento que tienen lugar la decisión y la irresolución, la cobardía y el pánico.

³⁹ Cf. *Ballet*, Entrada Tercera, AT V, p. 618.

⁴⁰ Cf. *Les Passions de l'Âme*, AT XI, p. 373. Aquí me estoy sirviendo de la traducción de José Antonio Martínez y Pilar Andrade, René Descartes, *Pasiones del alma*.

⁴¹ Cf. *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de mayo de 1646*, AT IV, p. 415, l. 10 y ss.

Volvamos ahora al concepto del “amor político”. En el esquema de *Las pasiones*, es evidente que ese sentimiento es amor de admiración ante lo que estuvo primero, y en un aspecto más amplio, ante lo que es primero en el sentido del evento. Esto “primero” es admirable e impresiona ontológicamente, esto es, en un orden de precomprensión fundante. Para lo relativo a nuestro tema, incluso teológico-políticamente. En el caso político, esto implica la prioridad ontológica del Príncipe o la comunidad o el Reino, que adquiere él mismo el carácter del evento, y es por tal que debe ser admirado y obedecido por los que hacen “un todo” con él. De la misma manera, las pasiones relativas a la irresolución se definen todas ante un evento; como hemos visto, en particular ante hechos relativos a la guerra, aunque también con la paz y la obediencia al régimen en general, en tanto es objeto de admiración. En *Las pasiones* la irresolución se asocia a la expectativa ante acontecimientos futuros –escribe Descartes– “aunque el evento que esperamos no dependa/ de nosotros en absoluto”⁴². Recordamos que ésa es la situación general del Reino de Pallas. Se da una apertura histórica en la que un evento se hace presente. Así es como culmina el coro, en el recitativo final: “Pueblos que creen tantas maravillas ver/ ¿Quién los ojos les deslumbra?/ Nunca antes cosas parecidas se ha visto”⁴³. Pero ante el evento no todos deciden. Hay uno que decide y que, como Pallas, por eso, “tiene el poder del destino”. El filósofo distingue claramente entre los acontecimientos que dependen y los que no dependen de uno, y es manifiesto que la guerra y la paz no dependen de los súbditos, aunque sí dependen de alguien: de la Reina. Para la soberana vale el caso siguiente: “cuando el evento nos aparece dependiendo de nosotros, puede haber dificultades en la elección de los medios o en la ejecución”⁴⁴. Es elocuente la descripción del Reino de Pallas. Ya sabemos que el recitativo central define a la Reina como la que “tiene el poder del destino”, esto es, que el evento de la paz depende de alguna manera de ella. En el esquema del amor político, la resolución –en esta precisa medida en que los eventos dependen de su voluntad– le corresponde a “los grandes”. Fuera de cuestión es que la soberana presenta el cuadro de “dificultad en la elección de los medios” que señalan *Las pasio-*

⁴² Cf. *Les Passions de l'Âme*, AT XI, p. 373.

⁴³ *Ballet*, AT V, p. 625.

⁴⁴ Cf. *ibid.* AT XI, p. 376.

nes. De eso se trata en realidad el *Ballet* entero. Cuando hay dificultades en decidir, escribe Descartes (pensando en “los grandes”): “la irresolución nos dispone a deliberar o a pedir consejo”. Estamos ante la Reina que consulta a los Estados Generales. Esa consulta inútil, que reta al evento, esto es, en la perspectiva cartesiana, a la Providencia divina.

Teología para el golpe de Estado

Es fácil notar que el argumento central del *Ballet* se despliega lateralmente desde el centro hacia los lados, desde el problema y el evento hacia su narración. Claramente esos lados son también el pasado y el futuro, que están integrados en una unidad de comprensión narrativa. El argumento es, luego de la lectura del *Discurso*, la *Carta sobre la irresolución* y la *Carta sobre el amor* y *Las pasiones del alma*, claramente el extenso caso de una Reina irresuelta. Es un problema filosófico político, a saber, ¿qué hacer?, ¿qué sucede si la que decide no decide? Estamos ante una Pallas que no puede ser sabia, pues le falta el criterio de definición de la sabiduría, que es la resolución en las acciones. Ya sabemos que es por eso que el problema se presenta como la convocatoria a sus consejeros, a sus pares, y a los Estados Generales. Pero la historia de la Reina sólo está completa si recordamos que ésta no es capaz de admirarse por la gravedad del evento, no es capaz de ver la importancia del asunto. En los términos de la *Carta sobre el amor*, Pallas no es capaz del “amor perfecto” que deben tener los soberanos por su pueblo. “Ella tiene el poder del destino”, decía el coro. Ése es el problema. Tiene un poder muy grande. Hay que quitárselo.

Hay elementos para pensar que Descartes podría haberse visto influenciado por la lectura de Nicolás Maquiavelo, de quien sabemos con certeza leyó *El Príncipe* y luego los *Comentarios a Tito Livio*⁴⁵. Pero lo cierto es que era crítico con la idea de Maquiavelo de que un Príncipe pueda legitimarse a partir de una iniciativa propia. En buen cristiano, Descartes era contrario a los golpes de Estado y sospechaba de la idea de establecer regímenes nuevos por la voluntad humana (Kennington 2001 (1963), pp. 405-406). En

⁴⁵ Cf. *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de septiembre de 1646*, AT V, pp. 485-493; *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de 1646*, AT IV, pp. 528-533.

realidad la legitimación no es posible como un proceso humano pues, como podemos sospechar, se relaciona con el objeto de admiración, que es ontológicamente anterior; en la argumentación de Descartes sobre las pasiones, la admiración es la pasión primitiva ante algo dado “más noble que nosotros”. Pero también hemos visto que la racionalidad relativa a la decisión atiende asuntos y eventos y es, por tanto, histórica, sujeta a un acontecer que no está enteramente en manos del hombre, salvo en la medida estricta de las decisiones. Esto significa que hay sucesos excepcionales que pueden ser objeto de admiración –como recordamos– porque puede conmovernos lo que “es nuevo”. Por otro lado, como ya se anota en la *Carta sobre la irresolución*, las decisiones, incluso cuando son resueltas y rápidas, pueden ser fallidas⁴⁶. Entonces se agrega la idea de que la resolución, que es una virtud, depende en parte de la suerte, del carácter contingente del evento. *Virtù y fortuna*. No nos vamos a detener ahora en este tema, de por sí muy complejo tanto histórica como conceptualmente. Sí podemos afirmar que la relación entre la virtud y la suerte en la decisión del Príncipe va vinculada en la idea del acaecer como Providencia. Dice la *Carta sobre la irresolución* que a la hora de afrontar el evento y decidir: “No es asunto aquí de tener temor de lo desconocido (que pueda venir)”⁴⁷. Por lo tanto –agrega Descartes para terminar la carta– “Lo mejor en esta clase de materias es confiarse en las manos de la Providencia Divina y dejarse llevar por ella”⁴⁸. La solución final del *Ballet* terminará precisamente de esta manera.

La entrada antepenúltima del *Ballet* plantea una idea inusual. La Paz, que es el “asunto importante” sobre el que debe decidir la Reina, es en realidad el prototipo de un suceso admirable, de un evento que es nuevo, y que por ello recibe y es deudor en el esquema de *Las pasiones* de un sentimiento fundante, que en la política es la remisión ontológica del origen y, por lo mismo, de la legitimidad. En efecto. Hacia la Entrada XVIII, justo antes de que termine el *Ballet*, el dios Jano –el de las dos caras– presenta la peculiaridad de la situación irresuelta como una decisión entre la vista conjunta, narrada del futuro y el pasado juntos: “Dos frentes por eso tengo /Hacia

⁴⁶ Cf. *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de mayo de 1646*, AT IV, p. 414 l. 21, p. 415 l. 5.

⁴⁷ “Et l'on n'a pas sujet de craindre ce qu'on ignore”, *Carta a la Princesa Isabel de Bohemia de mayo de 1646*, AT IV, p. 415, l. 11-12.

⁴⁸ “Ainsi le meilleur est en cela de se fier à la Providence Divine, et de se laisser conduire par elle”. Ibid, l. 15-16. La traducción es mía.

atrás uno que representa / Toda la vida precedente / El otro el porvenir por objeto tiene”. Jano, pues, alega instando a una decisión fundante en proporción al carácter nuevo del acontecer:

Pues bien, con frecuencia se ha creído
Que parecidos estos dos frentes eran,
Pero ya que *inestables son los tiempos*
Juzgar es preciso de *un modo otro*.

De esta manera, *hasta ahora no habiendo*
Otra cosa visto que una larguísima guerra
Y ya que la Paz sobre la Tierra viene
Para de toda angustia librarnos,

Se dará cuenta uno de que, sin de ser sabio necesidad alguna,
Ni de extraordinario pensar en nada,
Que la imagen que atrás me queda
Menos bella es que la que adelante tengo⁴⁹.

No importa qué vaya a pasar después, puesto que cualquier cosa que haya estado pasando hasta el fin de la Entrada XVIII no podría ser peor, se concluye que el régimen debe ser cambiado ya que “inestables son los tiempos”. No hay, pues, nada qué decidir ya y se obra “sin ser sabio de necesidad alguna”. Es una manera de anunciar que la diosa de la Sabiduría ha dejado de ser relevante para decidir la Paz. Se observa que la Reina que deliberaba no estaba finalmente tan atenta al evento –digámoslo de esta manera, más cartesiana–, la Reina no se había dejado ella misma admirar por lo que debía haberla conmovido, la paz. La narración indica entonces qué se ha hecho (y qué se debe hacer) aquí. Dejarse llevar por la Providencia Divina, esto es, saltarse la prerrogativa real de las decisiones y transformar el régimen político. Para el lector avieso, se trata del derrocamiento del régimen de la Reina como decididora. El alegato de los recitativos, esto es, el alegato del pueblo, no deja duda de que “aunque uno ignore lo que va a pasar”, “uno no debe tener miedo”, temor del régimen nuevo, sino aceptar la Providen-

⁴⁹ *Ballet*, Entrada XVIII, AT V, p. 626. El subrayado es nuestro.

cia. Una Reina indecisa, en el esquema de *La carta sobre el amor*, es necesariamente una Reina injusta. Le falta la Sabiduría –lo que siendo Pallas es bastante triste–, pero también el “amor perfecto” al pueblo que se requiere para la vida política. Para la decisión por la Paz se requiere, pues, también de la Justicia. No nos extrañe este recitativo final del pueblo, ante el que podemos ver danzando a la pobre Cristina, sin la menor idea de que representaba así su propio derrocamiento, e incluso ya no su nacimiento, sino su muerte:

Pueblos que creen tantas maravillas ver
¿Quién los ojos les deslumbra?
Nunca antes cosas parecidas se ha visto.
Piensen que en éxtasis su espíritu en los Cielos está.

Pues a Pallas, las Musas y las Gracias a ver van
Pero también a la Justicia y la Paz

Es notorio que, de manera súbita, la suerte y la ineptitud de la Reina han impuesto una forma nueva de régimen político, en el que se hallan las notas que la indecisión de la Reina Pallas ha mostrado que le hacen falta: La Justicia y la Paz. La Justicia y la Paz es “quien los ojos deslumbra”. En el esquema de la admiración de *Las pasiones*, esto quiere decir que la presencia de ambas va en calidad de acontecimiento admirable, de evento que “nos conmueve” y que es a la vez “nuevo”; en realidad “conmociona” justamente porque es “nuevo”, esto es “nunca visto”, para el que no hay un antes y que, por lo mismo, requiere, como evento político, un régimen enteramente nuevo, un régimen *otro*. Es interesante observar que Paz y Justicia que “deslumbran” los ojos ingresan ahora en categoría de dioses nuevos, pues no se hallan en la lista de los miembros de los Estados Generales. No son ni Apolo, ni Marte ni Jano. La visión de ambas procede como evento pues ambas, Paz y Justicia, son “las maravillas que deslumbran”. Con esto sabemos que ambas son objeto de admiración y, por lo mismo, son impresiones fundantes, en este caso del régimen político.

Al término del *Ballet*, Pallas parece estar aún en su trono, pero el texto no podría ser más expresivo de la nueva situación. A partir de ahora la Reina no tiene más “el poder del destino”, sino que –notoriamente– “la Justi-

cia y la Paz co-gobiernan con ella”. Para “poner un final a esto” hubo que alterar la naturaleza del gobierno político del Reino de Pallas, esto es, el régimen de la *polis*. Para comenzar, es inevitable observar que el Reino de los dioses ha sido tomado por la Providencia cristiana. Pallas, desde ahora, es una nueva Cristina, esto es, una reina *cristiana*. El casco que la representa comienza a serle más que incómodo. El régimen arrasa también con los dioses. En efecto. Hasta entonces, hasta el advenimiento de la Paz y la Justicia, el Reino de Pallas era entero el reino de la irresolución. No sólo la Reina danza callada una deliberación en una guerra prolongada, sino que el estamento completo de los dioses es incapaz para resolver la deliberación. Cantan los dioses, poco antes del desenlace que ha de ser también el suyo:

Tan discordantes son nuestras opiniones,
Que ponernos de acuerdo no podemos
En lo que respecta a la gloria
Y el bien del universo entero⁵⁰.

Los alegatos del pueblo, que clama por paz y justicia, son desoídos por unos dioses maquiavélicos que carecen de toda noción del bien y no están en capacidad, por tanto, de ejecutar una decisión sobre su naturaleza. Pero pronto va a “ponerse un fin a todo esto”. El bando de los dioses, la vida sensual y los devaneos intelectuales de las Gracias y las Musas de la Corte de Pallas pierden el control, el “poder del destino”. Bien anotaba la *Carta sobre la irresolución* que “Lo mejor en esta clase de materias es confiarse en las manos de la Providencia Divina y dejarse llevar por ella”⁵¹. La Paz y la Justicia, que adivinamos traídas por la Providencia, ingresan en la Entrada XIX, llegan en calidad de “reinales”. Descartes presenta la figura de un triunvirato, con una soberanía en tres personas. Marte, el belicoso consejero real, es despedido sin piedad⁵². Es notorio que en el régimen nuevo entre Pallas, la Justicia y la Paz, ya que un gobierno de tres, es en realidad la figura de un gobierno cuya imagen es el misterio de la Santísima Trinidad cristiana. “(Es) PALLAS la que en este lugar reina./ La Justicia y la Paz rei-

⁵⁰ *Ballet*, Entrada XIII, AT V, p. 624.

⁵¹ “Ainsi le meilleur est en cela de se fier à la Providence Divine, et de se laisser conduire par elle”. *Ibid*, l. 15-16. La traducción es mía.

⁵² Cf. *Ballet*, Entrada XV, AT V, p. 624.

nan con ella”⁵³. Acto seguido, Descartes parece comparar el Cielo del nuevo gobierno con el Olimpo, el Cielo de los dioses indecisos, y fulmina al espectador con esta pregunta retórica: “¿No juzgarán acaso” (se refiere a la Justicia y la Paz al lado de Pallas) “Que lo que en el Cielo es bello está ya todo aquí?”.

Pallas: Reina de los dioses. La Reina antigua, la irresuelta e injusta reina que quería celebrar su natalicio, representa ahora en realidad, junto al nacimiento de la Paz, sus funerales, intervenido su reinado injusto y belicoso por la Providencia, el paso del régimen de los dioses de la *polis* del que es jefa al de una teología política cristiana. La jefe de la Liga Protestante se halla de pronto celebrando tal vez el triunfo final del Santo Imperio. Podemos imaginar la sonrisa maliciosa del filósofo que había servido alguna vez al enemigo de Cristina, el Duque de Baviera, y había asistido untuoso en 1619 a la coronación del Santo Emperador, vengado ahora por la desidia y la frivolidad de una reina irresuelta. Y en medio de la admiración y el desconcierto, Pallas, la Reina de los dioses paganos, se hallaba de pronto sustituida por una nueva Pallas, una soberana despojada del “poder del destino”, ya que al final no había tenido ocasión “de poner fin a todo esto”. En efecto, la Reina del nuevo régimen trinitario no es ya la Reina de los dioses. Descartes obra esa transformación acto seguido del advenimiento del evento por los ojos deslumbrados que ven el ingreso de la Paz y la Justicia al lugar reservado antes a la muda y solitaria Pallas. Su nombre es redefinido en función del régimen nuevo. “Por PALLAS” –escribe Descartes en la entrada XIX, la final del *Ballet*– se entiende ahora “la sabiduría eterna”⁵⁴. Es sin duda una referencia al Espíritu Santo, pero también a la Providencia, cuyo gobierno, siendo el orden divino, desconoce la irresolución. La lección de filosofía iba así, pues, para la Reina, que habría de danzar sin estar después de todo muy enterada de que su irresolución había desafiado el evento. Depuesta por la sabiduría divina, su indignancia moral la libraría del bochorno de estar representando su propia desgracia.

Volvamos ahora un instante a la tarde del cumpleaños número 23 de la Reina Cristina. La Reina, que acababa de firmar la paz que pondría fin a la Guerra de los Treinta Años, era una fanática del ballet y, más particular-

⁵³ *Ballet*, AT V, p. 627.

⁵⁴ *Ibid.*

mente, del ballet político. Venía de haber construido un teatro para ejecutar funciones de ballet y había contratado para el efecto al coreógrafo Antoine Beaulieu. Diana Victoriosa celebraría al día siguiente su triunfo sobre el Santo Imperio a la vez que la renovación de su natalicio. Se preparaba ella misma para el papel de Pallas Atenea en un ballet cuyos versos había encargado a un filósofo que estaba ocioso en su Corte. Después de todo, el filósofo no podía huir de la tarea –que ella debía haber sospechado que le disgustaba– pues la Bahía de Estocolmo estaba congelada. Lleno de resentimiento, entonces, imaginamos al Descartes del *Te Deum* por la Reina el 18 de noviembre de 1649, resignado a escribir a una soberana cuyas cualidades estaban lejos de ser motivo de su admiración. Esa tarde escribió la carta al Vizconde de Brégy que ya conocemos, confesándole que no estaba para nada “en su elemento”. “Agrego los versos de un ballet que se va a representar mañana en la noche para engordar el paquete”⁵⁵, escribe Descartes entonces. Sin duda le parecían unos versos horribles, pero a cambio habría puesto en ellos una entera lección de filosofía que posiblemente nadie más que él entendiera la tarde siguiente, en que sus versos derrocarían a la Reina. ¿Entendería alguien la lección de filosofía política de este señor Descartes a quien nadie quería oír? No. No, con certeza que no.

Imaginemos ahora el teatro de ballet que la Reina Cristina había inaugurado poco ha. Imaginemos al coreógrafo Beaulieu quien –a diferencia de Descartes– habría de cobrar un cheque por el éxito del espectáculo. Imaginemos también a la Reina que habría de danzar por su natalicio la celebración de su entierro. Un último gesto de adhesión al Santo Emperador del filósofo católico preso entre los hielos de Estocolmo por la irresolución de una Reina protestante. Cantemos pues el evento de la Paz y el inicio del gobierno de la Providencia con estos versos del *Ballet*:

Vais oh pueblos a Pallas, las Musas y las Gracias ver,
Pero también a la Justicia y la Paz.
¿No juzgarán acaso sus rostros viendo,
Que lo que en el Cielo es bello está ya todo aquí?

⁵⁵ *Carta al Vizconde de Brégy-Fléxelles del 18 de diciembre de 1649*, ATV, p. 457, l. 14-16.

Por *PALLAS* la sabiduría eterna se entiende;
Pues es *PALLAS* la que en este lugar reina.
La Justicia y la Paz reinan con ella.
No tenemos, sin embargo, más que *una sola reina y un solo Dios*⁵⁶.

Referencias Bibliográficas

- Adam, Ch. y Tannery, P. (1996). *Oeuvres de Descartes*. Paris: Vrin, XI t.
- Descartes, R. (1999). *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otros textos*. Barcelona: Alba Editorial.
- _____ (1992). *La Morale* (Textes choisis et présentés par Nicolás Grimaldi). Paris: Vrin.
- García Suárez, A. (1976). *La lógica de la experiencia, Wittgenstein y el problema del lenguaje privado*. Madrid: Tecnos.
- Gilson, E. (1939). *René Descartes. Discours de la Méthode. Texte et commentaire*. Paris: Vrin.
- Guenancia, P. (1983). *Descartes et l'Ordre Politique*. Paris: PUF.
- Kennington, R. (2001). "René Descartes (1596-1650)", en L. Strauss y J. Cropsey (comps.). *Historia de la filosofía política*. México: FCE.
- Pavesi, P. (2008). *La moral metafísica. Pasión y virtud en Descartes*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Rivera, V. (2006). "La Reina Belicosa y Pacífica. Anamnesis de la teología política de Descartes", *Estudios Filosóficos*, Vol. 54, N° 157: 475-504.
- Rodis-Lewis, G. (1997). "Les derniers écrits de Descartes", en *Le développement de la pensée de Descartes*. Paris: Vrin.
- _____ (1974). *L'Oeuvre de Descartes*. Paris: Vrin, II t.
- _____ (1998). *La morale de Descartes*. Paris: PUF.
- Scattola, M. (2008). *Teología política. Léxico de política*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Turró, S. (1997). *Descartes, del hermetismo a la nueva ciencia*. Madrid: Anthropos.
- Von Wertheimer, O. (1941). *La Reina Cristina de Suecia*. Buenos Aires: Losada.
- Watson, R. (1990). "René Descartes n'est pas l'auteur de *La Naissance de la Paix*", *Archives de Philosophie*, 53: 382-401.

⁵⁶ *Ballet*, Entrada XIX, AT V, p. 627. El subrayado es nuestro.